

A watercolor illustration of a tree branch with a single pink flower. The branch is rendered with black outlines and grey washes, set against a light, textured background. The text is overlaid on the lower right portion of the illustration.

¿CÓMO HABITAR UN HOTEL?

Roxana Rodríguez Ortiz

**¿CÓMO
HABITAR
UN HOTEL?**

Roxana Rodríguez Ortiz

¿Cómo habitar un hotel?

D. R. © Roxana Rodríguez Ortiz, 2021

PORTADA Y OBJETOS

Ana Laura Rodríguez

EDICIONES MASTODONTE

Av. Uno, núm. 65

Col. San Pedro de los Pinos

Benito Juárez, C. P. 03800, CDMX

EDICIÓN

Mónica Braun

DISEÑO

Guillermo Serrano

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier medio, sin el consentimiento previo y por escrito de la titular de los derechos.

Impreso y hecho en México

TABLA DE CONTE NIDO

Agradecimientos	· 04
Dar muerte	· 09
The happy lonER	· 10
Barcelona	· 13
Los hermanos	· 14
La llamada	· 17
El funeral	· 20
El cuerpo	· 23
El sepelio	· 25
El novenario	· 28
El hotel	· 31
Valentín	· 34
El duelo	· 36
El phÁrmaKon	· 40
El cabo de año	· 43
La habitación	· 45
Oaxaca	· 49
la Amistad	· 52
El acta	· 55

▷ GRA DECI MIEN TOS

La escritura de este testimonio-ensayo fue posible gracias a la residencia artística “Arturo Rodríguez Ortiz” otorgada por Agrado Guest House, del 23 de septiembre al 6 de noviembre de 2020, en Oaxaca de Juárez, México.

Agradezco la lectura amorosa y los comentarios puntuales de Sandra Martinelli y Javier Norambuena-Ureta. Agradezco especialmente a mi hermana Ana Laura Rodríguez Ortiz por su atenta escucha y lectura conforme iba escribiendo, así como los testimonios de su propia versión de los hechos que sirvieron para organizar mis ideas. Finalmente, agradezco a Alma López, el eslabón perdido de la narración que necesitaba para terminar de contar mi propia historia, así como por enseñarme el valor de la palabra, de las tradiciones, del sentarme a dialogar con Arturo en las fiestas de muertos, y por aceptar ser no sólo la madrina de este libro, sino también la mía. Una madrina que heredo con mucho cariño de la mano de mi hermano.

A Cuca Ortiz y Arturo Rodríguez,
mis padres

Tocar la muerte de tan cerca que una no desee entonces más que vivir.

ALEJANDRA PIZARNIK

El hecho es que una gran dicha o una gran desgracia nos reducen al balbuceo...
excepto si hablamos de ellas a distancia, en el dominio del recuerdo...

VICTORIA OCAMPO

... aquellos que pueden ser escuchados en el cementerio terminan por dirigirse de
manera directa, sin ambages, a la persona que ya no está más, que ya no vive,
que ya no está aquí y que no podrá responder.

JACQUES DERRIDA

Conocer los mitos es aprender el secreto de las cosas.

MIRCEA ELIADE

DAR MUERTE

Hacer hermenéutica para dar cuenta de que un acta de defunción hace inevitable lo evitable, el encuentro con lo real, poner punto final a la búsqueda de la imposibilidad de saber la verdad, aquello que escribe quien dicta una sentencia, la sentencia de muerte.

¿Qué tan diferentes pueden ser un acta de nacimiento y un acta de defunción? En formato, casi nada: ambas tienen la información básica y necesaria de quien nace y de quien muere. Nombre del nacido o del finado, del padre y de la madre. Lugar, fecha y hora del evento. Nombre y firma de los testigos. Folio y hoja membretada del país que la emite.

Las diferencias entre un acta de nacimiento y un acta de defunción son tres: destino del cadáver, causas de la muerte, tipo de muerte. Tres aspectos que no se preguntan, no nos preguntamos, cuando alguien nace; dar vida es la posibilidad de existir sin condición en el mundo y, paradójicamente, el inicio de la finitud de cualquier ser vivo.

Pensamos, creemos, deseamos que, en ambos casos, dar (la) vida y dar (la) muerte sólo puedan darse de forma natural, en ambos casos se emplea el dativo y constatativo, nunca un performativo. Se puede constatar que estamos vivos

como se puede constatar que estamos muertos: de ahí la importancia del quehacer hermenéutico.

Alguien nos da la vida, eso es indudable, pero ¿alguien nos da también la muerte? ¿Qué sucede cuando “dar muerte”, sin hipérbole, sin figuración, sin dativo, da muerte a otro? En ese momento, cuando alguien da muerte, mata a otro, la única certeza que tenemos es un papel, un acta de defunción que da fe del “destino del cadáver” (inhumación o incineración), la(s) “causa(s) de la muerte” y el “tipo de defunción”.

Hacer hermenéutica del dar muerte es el ejercicio de nombrar, de enunciar, de interpretar lo no dicho, lo que nunca sabremos, la verdad de la que ansiamos asirnos en la desesperación del proceso de duelo. Una verdad que se vuelve tan inasequible como la justicia. Dar muerte nos enfrenta a la imposibilidad de conocer la verdad, a la imposibilidad de hacer justicia y de perdonar lo imposible.

THE HAPPY LONER

Frustración. Llegas a hacer una residencia artística a un hotel de Oaxaca y sientes que no tienes nada que decir porque no te sientes identificado con el dueño del mismo. Pasan los días, se acaba el tiempo en el que te habías comprometido a entregar algo y una noche te pones a beber con él. Hablan de sus viajes, de su vida, de sus motivaciones para jubilarse de publicista y poner un hotel en una ciudad del sur de México. Después de esa cena-borrachera tienes una imagen del proyecto que quieres hacerle al hotel. Pintar un mural en un largo pasillo de la

entrada que pueda ser visible a los ojos del transeúnte desde la puerta, ocupar una inmensa pared con la representación del anfitrión que cada día se da cita para recibir a huéspedes y artistas en su casa, en su hotel. Así surge este personaje, el protagonista de mi historia, mi hermano.

The happy loner, titularon el mural que ya no existe más que en fotografía; después de su muerte lo borraron, aunque siempre quedará la huella de sí, de lo que fue, como hago ahora con el recuerdo de Arturo. Un mural con fondo color azul petróleo elaborado por una pareja de artistas australianos (Juzpop Creations) que simula una pecera enorme o la entrada a un bar de jazz, con variedad de peces pululando en el ambiente, manos de la cantante en el primer cuadro del lado izquierdo, con una mariposa posada sobre ellas. Encima el título de la obra, que es también el título de una canción y de una película. Enfrente, del lado derecho de la entrada al hotel, la misma mujer comiendo

las aceitunas del coctel que tiene en mano. Más atrás, del lado izquierdo, un retrato con mirada melancólica y, al fondo, con micrófono en mano. Varias instantáneas del estar sola, felizmente sola, una aporía.

La traducción literal del título del mural al español sería *El solitario feliz*. Todo un tratado estético-ontológico se podría hacer con el solo título, un retrato pop de un personaje feliz y solitario, una contradicción. Conocí al solitario feliz el día en que llegué a su funeral. Me sorprendió mucho, como me sorprendió cuando también me dijeron que lo iban a borrar por lo que representaba. ¿Y qué representaba? ¿A mi hermano el solitario? ¿La soledad de sus últimos años, el abandono, sus excesos? La muerte nos confronta con lo que no queremos ver de nosotros mismos y una primera reacción ante la muerte del otro es ocultarnos de eso que nos lo recuerda tanto para que duela menos, pero no deja de doler, más que con el tiempo. El mural ya no existe, el solitario feliz tampoco.

BARCELONA

Las ciudades se habitan en la memoria con las experiencias a cuestas. Mi primer encuentro con Barcelona fue en 2001, Arturo ya vivía ahí, yo iba a visitarlo. Lo extrañaba a casi un año de su partida. Primero había estado en Italia, después se asentó en Barcelona. Ese año compartía con unos tres o cuatro chicos más un departamento en el Gótico. Era invierno, un invierno frío.

Arturo y yo éramos cómplices, amigos, compañeros de fiesta, incondicionales, inseparables. Ese invierno no fue la excepción: recorrimos los bares, los antros, nos emborrachamos, ligamos juntos, como lo hacíamos desde que empezamos a salir, a salir del clóset. Mis mejores épocas de fiesta las pasé con él, mis mejores borracheras también.

Ese año decidimos vivir juntos; yo regresaría al siguiente y nos quedaríamos en Barcelona a seguir la fiesta, a estudiar, a comernos al mundo. Y así lo hicimos, pero cada uno por su lado. Se nos acabó el idilio, o se le acabó a él: se dio cuenta de

que Barcelona era muy pequeña para los dos y por antigüedad se creía el merecedor de su ciudadanía. Yo me convertí en la migrante sin papeles que abandonó el sueño. Éramos jóvenes y nos peleábamos un territorio que tampoco nos pertenecía, pero el único donde nos sentíamos libres, anónimos, una contradicción.

Barcelona fue la ciudad de nuestros encuentros y desencuentros. A Barcelona siempre volví mientras vivió allí. Era nuestra ciudad, era nuestro destino, era nuestra separación. Las ciudades se recorren con el recuerdo de quienes ya no las habitan.

LOS HERMA NOS

¿Por qué es tan importante para mí escribirle a mi hermano? ¿Escribir sobre mi hermano? Dejar testimonio de su muerte, de mi duelo, de su pérdida, del vacío, del dolor. Dar cuenta de cada momento desde que lo asesinaron. A veces pienso que intento revivir esos momentos escribiendo sobre ello. Mi padre diría que lo deje en paz, que no tiene caso, que lo deje estar. Y a veces yo también lo pienso, pero no lo siento.

Si escribo es más por la necesidad de dejar testimonio, no para hablar de la justicia, del perdón; esos apartados todavía están por escribirse, no porque no los haya pensado, sino porque con la muerte he aprendido a diferir las convicciones. Mi idea de justicia no se relaciona con la legalidad; menos en un país donde es consuelo poder enterrar a tu muerto en vez de seguirlo buscando.

Aprendí a hacer justicia por el asesinato de mi hermano con la escritura, a hablar de él, a recordarlo desde ese

nosotros que no existe más, o que quizá nunca existió. Un nosotros que se fue desconfigurando con el paso del tiempo: ausente, nunca inexistente. “Ni perdón ni olvido”, repetimos en las consignas cuando marchamos. A veces las entiendo, a veces no me hacen sentido. Hacer justicia en este caso es no olvidarlo, no necesariamente no perdonar.

Tengo dos fotos de Arturo en el estudio de mi casa que intercambio según mi estado de ánimo. En la que más me gusta, estamos en la cocina del piso de Agullers, Barcelona, girados tres cuartos de pie y de cara a la cámara; él está atrás de mí, mientras cocinamos pimientos de padrón; acabo de llegar a España para estudiar el posgrado, tengo veintiocho años y el veinticinco. Pocas semanas después de instalarme en ese piso, uno que habíamos alquilado para vivir juntos, empezaron nuestras desavenencias. Lo que en su momento viví como deslealtad, se lo perdoné hasta que lo pude enunciar.

La otra foto es la que más me recuerda a él: es una foto que le tomé en la playa de Barra Vieja, Acapulco, México, en diciembre de 2015; un viaje familiar, para reencontrarnos los hermanos y los papás. Aparece de pie sobre la arena girado tres cuartos de frente a la cámara. Al fondo, el reflejo del atardecer que habíamos terminado de presenciar sentados sobre el pareo que lo envolvía. En esta fotografía me mira fijamente como ahora pienso que me mira desde dónde esté: con ojos melancólicos, de despedida, de sólo porque eres mi hermana (y no cualquiera) dejo que lo hagas, pero me fastidia que me hagas volver. Y sí, es verdad que te hago volver cada tanto para que me contestes ¿por qué?, ¿por qué así? Incluso cuando escribo esto, hablo con él en mis pensamientos. Hablar es un decir.

Tengo muchas otras fotos de nosotros, muchos recuerdos, muchas anécdotas. Ahora me río cuando pienso en algunas... Como esa vez en Barcelona, diciembre de

2016, que se había peleado con su novio el día de la boda de una amiga, y el novio decidió que no iba a la boda. Llegamos a la ceremonia civil, todos preguntábamos por su ausencia, burlas, risas, silencios. En el salón de fiestas Arturo ya tenía cara de puchero. Me acerqué a preguntarle si quería que lo trajera. Me sonrió como niño y asintió. Pedí un taxi, fui por el novio a donde se estaban quedando; ya en el auto le advertí: si fueras mi novio terminaría contigo en este momento, pero como eres el de mi hermano vengo por ti sólo porque quiero que esté feliz. Defenderlo siempre lo hice y estoy segura de que si hubiera podido, lo habría hecho hasta el final.

Muchas veces en la terapia me he preguntado qué sería capaz de hacer después de su muerte, y lo tengo claro: todo, pero nada de lo que haga me regresa a mi hermano, más que su recuerdo. Decirnos adiós una y mil veces.

LA LLA MADA

Son alrededor de las siete de la noche del lunes 11 de marzo de 2019. Estoy recostada en el sofá de mi casa pensando en qué hacer de cenar. Entra una llamada a mi celular, veo el nombre en la pantalla, es mi hermana mayor, Ana Laura. Me sorprende que me llame, tenemos tiempo de no hablarnos y menos en un lunes por la tarde-noche. Dudo un par de segundos si contestar o no. La escucho saludarme mientras intenta calmarse; me pregunta cómo estoy, qué hago, y de repente la noticia que nunca quieres escuchar. Arturo está muerto, me dice. ¿Qué hizo el idiota?, contesto a bote pronto, sin reaccionar a lo que estoy escuchando. ¿Qué pasó?, le pregunto. No sé todavía, responde. Pero ¿se murió de un pasón o qué?, vuelvo a preguntar. No, lo mataron.

Silencio, llanto, intenta tranquilizarme, no puedo, ya no me puedo imaginar lo peor, lo peor ya está pasando. ¿Cómo le dices por teléfono a alguien, a tu hermana, que mataron a nuestro hermano?

No existe una forma más que la firmeza. Ahora la agradezco, en su momento odié que no lo suavizara, como si eso pudiera ser un paliativo de la procesión que apenas empezaba. Una vez que pude respirar, Ana Laura me pidió que les dijera a mis papás. ¿Qué les digo? ¡Que su hijo está muerto! Al principio me negué, me respondió que entonces habría que decirles por teléfono, me negué también. Hice mi maleta, pedí un taxi y me encaminé a casa de mis padres.

Segunda llamada del día. Pasadas las ocho de la noche, hago la llamada; contesta mi mamá: voy llegando a su casa, por favor bajen que tengo algo que decirles. Abre la puerta, me ve con la maleta, mi madre ya tiene cara de angustia. Me pregunta ¿qué pasó?, le digo que nos sentemos en la sala. Mi madre vuelve a preguntarme ¿qué pasó?, espero a que se siente, mientras mi papá se acerca. Le digo con la voz más firme que encuentro, a pesar de las náuseas y la ansiedad: mataron a Arturo.

Rompe en llanto. Se me rompe el corazón. Escenas inolvidables del ya no estar, del estar rota por dentro. Hace preguntas que no puedo contestar, no porque no quiera, sino porque no sé nada.

Nos quedamos una hora en la sala, mi madre siguió preguntándose qué pasó, incrédula de la noticia que acababa de recibir. Seguro que en ese momento hubiera querido hablarle a su hijo para comprobar si estaba muerto. Las llamadas de Ana Laura entraban a cuenta gotas y cada vez que llamaba tenía muy poca información. Estaba buscando vuelos de avión para viajar a Oaxaca. Mi mamá quería irse inmediatamente, incinerar el cuerpo y regresar a la ciudad. No se podía incinerar y para trasladarlo necesitábamos permisos especiales porque era parte de una averiguación judicial. Decidieron enterrarlo en Oaxaca.

No conseguimos vuelos para esa noche. En vela estábamos todos, esperando noticias de quien desde Oaxaca iba

haciendo lo necesario para reconocer el cuerpo, recoger el reporte forense y llevarlo a la funeraria. Sin decirnos casi nada, acostadas en una misma habitación mi hermana, mi sobrina y yo, cada una pensando en quién sabe qué cosas, esa noche nadie durmió. A partir de ese momento, hasta la fecha, tengo lagunas, espasmos de tiempo que no reconozco, que no recuerdo. Bloqueos del dolor para sobrevivir la pérdida. Amanece o nunca anocheció, quisiéramos regresar el tiempo, estar en Oaxaca, cerca de Arturo para protegerlo, pero ya no es posible.

EL FUNERAL

Tomamos el vuelo a las 6:30 a.m., el primero, el más temprano. Silencios, llantos reprimidos, angustia, ansiedad, tristeza y quién sabe qué otras emociones aglutinadas en un vuelo que duró más de lo que quisiéramos. En la noche más larga de nuestras vidas se recrea la muerte de Arturo.

Del aeropuerto nos llevaron a la funeraria. Había que escoger el féretro. ¿Quién puede escoger algo en ese momento? ¿No pueden asignarle cualquiera?, me pregunté enojada, mientras veía a mi madre inconsolable, rabiosa, fuera de sí dentro de su propia impotencia.

Pasados diez minutos nos informan que podíamos subir a la sala donde lo velaríamos. Eran las 8:30 de la mañana, una sala enorme y teníamos frío. Nos acercamos por el pasillo central al féretro: primera vez que vería a un muerto y era mi hermano. Mi madre por delante, yo por detrás. Se asoma, me asomo. La sostengo de los brazos por la espalda sin querer

mirar, pero es imposible, estoy demasiado cerca, observo la rigidez de su cuerpo, la de mi madre que rompe en llanto y la de un Arturo en tonos moradoverdoso negros. No lo reconozco. En la funeraria hicieron todo lo posible por maquillarlo. Antes de que lo encontrarán, el cuerpo había estado expuesto demasiadas horas al calor de marzo. En ese instante reaccioné: era real, Arturo estaba muerto, lo habían matado y estaba en el féretro.

Nos sentamos, cada quien escogió su lugar en la inmensa sala. Contrario a lo que pensábamos, la sala nunca estuvo sola: entraba y salía gente con arreglos de flores de todos los tamaños y de todas las calidades. Hoteleros, artistas, gente cercana a él que nosotros desconocíamos. Los extraños en el velorio de mi hermano éramos, precisamente, su familia. La gente discretamente buscaba a mi madre, a mi padre, para hablarles de su hijo. Un hijo que ellos reconocieron, honraron, a través de las palabras de los otros.

No abandonamos la funeraria más que para dormir la primera y única noche de la velación. Mis padres se quedaron en el hotel de junto y los demás dormimos en el hotel que había dejado Arturo. Consciente o inconscientemente sabíamos que estábamos demasiado cerca del lugar de los hechos, de la habitación que había escogido como su casa y en la que lo habían matado. No nos importó: en lo único que pensábamos era en limpiar, limpiar su nombre, limpiar su sangre, limpiar su historia, limpiar las evidencias, limpiar para cuidar a nuestros padres de ver cómo habían terminado con la vida de su hijo y limpiar quizá también nuestras culpas.

Al día siguiente, con un ritual zapoteca, limpiamos su espíritu, o eso nos dijeron, para que encontrara el camino que lo llevaría a su destino. Ahí empecé el peregrinar del sincretismo. Formados en la tradición judeocristiana, practicantes muchos años de los rituales católicos, poco a poco cada quien fue siguiendo sus propias creencias,

inquietudes, intuiciones. Todos a destiempo o en un tiempo asincrónico que, con la muerte de Arturo, se unió para sumar a lo que considerábamos imperativo: liberarlo del dolor de su propia muerte.

¿Y Arturo en qué creía? Me pregunto ahora que escribo esto. Arturo creía en él mismo, pero lo agobiaba estar solo, por lo que intentaba asirse de ciertas filosofías orientales. En alguna ocasión, cuando todavía vivía en Barcelona, lo soñé; le escribí inmediatamente para decirle que estaba preocupada por él, me dijo que estaba bien, que estaba haciendo un retiro de un fin de semana en un centro budista en algún lugar de la Costa Brava. En alguna otra ocasión, estando en Argentina, me escribió desde una librería para preguntarme qué libro de budismo le recomendaba. Le dije que *El libro tibetano de la vida y la muerte*. Una ironía del destino.

Regresamos a la funeraria para hacer unas últimas despedidas antes de enterrarlo, nos debatíamos entre hacerle una

misa o no. Fue inevitable, una ceremonia corta, más por los creyentes que se daban cita ese día que por nosotros. Nosotros ya estábamos rotos, habíamos dejado de creer en ese Dios, no así en su adiós.

EL CUER PO

La urgencia de hablar con mis padres e informales de la muerte de Arturo se precipitó porque al poco tiempo de haber encontrado el cuerpo en su habitación, subieron una nota a algún periódico de Oaxaca que lo mostraba y ya empezaba a circular en redes sociales. Lo que menos deseábamos era que mis padres se enteraran por las redes, como sucede normalmente en este país, cuando después de días de desaparecida aparecen los restos de alguna mujer, principalmente, en las portadas de los periódicos de la nota roja. El cuerpo de mi hermano no fue la excepción, le dieron el mismo trato de objeto que vende.

¿Qué vende la imagen de un cuerpo muerto? ¿A quién le interesa ver esas imágenes? ¿A quién le interesa que se vean? ¿Quién se beneficia con reproducir la violencia, representar la vulnerabilidad de la desnudez inerte, abatida, en la habitación de un hotel? ¿Quién filtra esas imágenes a la prensa? ¿Quién se hace cargo de reproducirlas? Yo me negué a ver la imagen,

hasta la fecha, a leer la nota, a buscarla en internet. Lo único que quería saber es qué tanto se veía el cuerpo desnudo de mi hermano muerto. Le compartí el *link* a una amiga y ella sólo me dijo: se ve, se ve completo.

¿Qué se ve en la imagen? ¿Qué ángulo decide tomar el que retrata un cuerpo muerto desnudo? Sea el de mi hermano, el de una mujer asesinada, el de un accidente de tráfico. ¿Por qué nos acostumbramos a naturalizar la violencia en el cuerpo ajeno? Nos regodeamos en la sangre de la ficción, nos indignamos con la sangre de la menstruación y nos paralizamos cuando la sangre queda impregnada en el lugar del homicidio de un ser cercano, de un familiar. ¿Podemos exigir justicia cuando a alguien se le ocurre que vender la fotografía de la escena de un crimen es redituable para un tercero? La justicia del duelo, la justicia de la intimidad, la justicia del dolor no es negociable en estos casos, pero tampoco hay ley que

le haga justicia a la familia. No hablo sólo por el caso de mi hermano, sino por todos aquellos expedientes que se quedan abiertos, no sin antes mostrar, exhibir, reproducir la violencia incesante a la que nos exponen los medios de comunicación día a día.

A los pocos días de su muerte, la nota del periódico había circulado por todos lados como sucede en internet, la vorágine de una imagen compartida desde Oaxaca para el mundo. Un clic es suficiente para reproducir el algoritmo del cuerpo abatido por un homicida. Un clic es suficiente para entrar a ese mundo que legitima la violencia día a día en países como el nuestro, en ciudades como Oaxaca, donde a alguien se le hace fácil matar a su amante o a su examante, o aventarle ácido a una mujer y desfigurarle el rostro por decidir dejarlo. Escenas del crimen, escenas de la pasión, escenas del machismo, escenas de la homofobia, escenas del feminicidio, escenas del homicidio venden. ¿Por qué venden? ¿Por qué les damos clic

a las páginas de internet que las muestran? ¿Por qué existen los algoritmos que las reproducen? Existe una estética de lo gore, existen quienes consumen esa estética, existe una cultura que la reproduce. Así reprodujeron el cuerpo de mi hermano muerto en la habitación en donde lo asesinaron. Intentamos pedirles a los editorialistas del periódico que bajaran la nota: era demasiado tarde, se había reproducido n cantidad de veces. Sumado al dolor, la indignación, la frustración, ¿cómo contrarrestar esa última imagen de mi hermano circulando en las redes, en la retícula de la pantalla de un desconocido, en la retina del ojo de su propio asesino? Lo único que se nos ocurrió fue circular otras imágenes para disminuir las entradas a esa nota en las búsquedas que se hicieran a partir de ese momento con el nombre de mi hermano; a partir de ese momento decidí hacer justicia escribiendo, contando mi versión del duelo.

EL SEPE LIO

Al cementerio nos trasladaron en el autobús que alguien ofreció, uno de los varios adeudos de la Guelaguetza de la familia. Pasaba del medio día, el calor abrasador se sumaba al cansancio acumulado. Tenía miedo de perder la conciencia, la ansiedad me estaba carcomiendo por dentro. Busqué algo en qué concentrarme para distraer mis pensamientos. Entre toda la gente que estaba ahí, encontré a mi madre, la agarré del brazo.

“Dios nunca muere” empezaba a escucharse al fondo, mientras caminábamos detrás del féretro cargado en hombros por varios hombres. La escena perfecta, la banda de música, la familia y amigos juntos, lo que había visto en los pueblos y que tanto me emocionaba. El sepelio ideal para Arturo, pensaba.

Llegando a la tumba donde sigue enterrado mi hermano, mi madre me ordenó que pronunciara unas palabras de despedida. No fue una idea que se le ocurrió a ella, nosotros hubiéramos dejado que la

música siguiera sonando de fondo. Fue sugerencia de una amiga. Lo que se acostumbra en Oaxaca. La primera vez me negué, la segunda fue imposible. Busqué a alguna de mis hermanas alrededor para pasarles el encargo, pero no encontré a ninguna. Gané un poco de tiempo mientras organizaba mis ideas moviéndome al centro del círculo que se había formado entre la gente y la tumba. Arturo y yo no nos habíamos hablado en un año, la última vez que lo vi le dije que no volvería a su hotel.

¿A quién se le habla cuando tienes que pronunciar las palabras de despedida en nombre de la familia? ¿Cómo te despedides de quien está muerto? ¿Se debe agradecer? ¿Qué se debe agradecer? A mi hermano lo habían matado y lo estábamos enterrando. Las piernas me temblaban, la voz se me entrecortaba; respiré profundo y decidí hablar de mi hermano, reconciliarme con él en su entierro, otra ironía del destino. Hablé del viajero incansable, idealista y soñador que llegó a

Oaxaca a cumplir su sueño, a abrir un hotel que conjuntara las experiencias que él había acumulado en su vida. Agradecí a Oaxaca por dejarlo entrar y darle la oportunidad de lograrlo. Agradecí a sus amigos, socios y empleados que lo habían conocido y apoyado durante ese tiempo. Al finalizar, junté lo poco que me quedaba de voz y advertí al cielo con el corazón en la mano: “a mi hermano lo mataron y queremos justicia”. Me solté llorando. Me acercaron la botella de mezcal y le di un trago queriendo quemar las heridas por dentro. La música volvió a sonar.

Empezaron a echar tierra a la tumba para cubrir el féretro. A lo lejos escuchamos el grito de Ana Laura diciendo: “¡sáquen eso, eso no va ahí!”. Habían tirado una bolsa negra con los huesos exhumados del cadáver que antes habitaba la fosa y que vendieron a mi familia en un momento de desesperación. La desesperación de la muerte de mi hermano. Silencio, risas, desconcierto. La banda siguió

tocando, el mezcal pasando de mano en mano. Mi madre hasta se animó a bailar “El mariachi loco”, la única que bailaba con mi hermano. Después de un rato nos fuimos quedando solos. Nos acercamos a la tumba para despedirnos no sin antes tomarnos una foto grupal con la imagen de mi hermano en brazos. Sonrían, dijo el fotógrafo; nos miramos consternados, pero aun así obedecemos. Le sonreímos a mi hermano, a quién fue y a lo que dejó en cada uno de nosotros.

Del cementerio nos fuimos al hotel a comer chichilo, a seguir bebiendo, cantando y bailando. La adrenalina, el cansancio, el calor, las emociones desbordadas y los lamentos se congregaron para hacer del entierro una fiesta de su vida.

EL NOVENARIO

28

Nueve días nos quedamos juntos en la habitación donde lo mataron. No hicimos misas, como se acostumbra; decidimos vivir

el novenario en una habitación, en el hotel que fue su último gran logro. Hacinados nueve días, mis hermanas, sobrinos y padres, compartiendo un solo baño y desnudando nuestras tristezas de cara al espejo de su asesinato fue como súbitamente encontramos con los fantasmas de nuestras fobias, ausencias y culpas. Cada quien tenía algo de qué sentirse responsable: el abandono, la distancia, la homofobia, el descuido, pero nadie decía nada, estábamos tan absortos con el dolor que fue imposible ponerlo en palabras y preferimos, terminado el plazo, regresar cada quien a su rutina. Con el paso del tiempo, no se qué fue más complicado: si el abrumador silencio de estar juntos o la absorta soledad de estar en mi casa.

Durante esos nueve días terminamos de limpiar, sacamos su ropa, cada quien escogió la que más le recordaba a Arturo. Yo escogí un suéter gris de cuello alto y botones al centro que sigo usando para estar en casa, una chalina jaspeada de negro

con gris y un par de cuadros que estaban en su habitación, los que había traído de alguno de sus viajes en el sudeste asiático. Me quedé sólo con uno, el otro lo regalé. Lo colgué en la sala de mi casa y al principio me sentaba a ver la imagen de dos figuras de niños con sombrero vietnamita sobre el camino hacia ningún lugar; le hablaba al cuadro, le hablaba a mi hermano.

También durante esos nueve días intentaba quedarme sola en la habitación; miraba su retrato y le hacía preguntas, trataba de entender lo que nos estaba pasando, lo que le había pasado. Preguntas de las que no sólo no obtuve respuesta, sino que me tardé en querer encontrarlas. Ahí empecé a trazar el rompecabezas que sigo reconstruyendo en la imaginación.

A mis hermanas les duró más la adrenalina. Las dos mayores a Arturo y a mí. Las dos madres, durante esos nueve días, se dieron a la tarea de buscar todas las pruebas posibles para encontrar al presunto culpable. La indignación, el enojo,

la tristeza tomaron diferentes caminos en cada uno de nosotros. Ellas subían, bajaban, organizaban, ordenaban; mis padres y yo obedecíamos. A mí me encargaron dar en adopción al perro de mi hermano: a *Valentín*. Uno que le habían regalado un año antes, el día de su cumpleaños 40. Al principio pensé en quedármelo, pero desistí o me hicieron desistir. No fue fácil; un viejo pastor inglés, el único testigo del asesinato, como en uno de los capítulos de *Black Mirror*. Me parecía poco ético no explicar que el perro había acompañado a mi hermano muerto hasta que lo encontraron. Al darlo en adopción, sólo pude agradecer a *Valentín* por no dejarlo solo. A partir de ese momento la ansiedad se me instaló en el cuerpo por nueve meses. Fue la primera vez que enuncié a un tercero, a quien lo adoptó, cómo lo habían matado. Nunca más lo volví a hacer.

Siguieron pasando los días, mis sospechas sobre un posible homicidio fueron carcomiéndome por dentro. Empecé

a tomar distancia con mi familia, no era el momento para debatir mi activismo político con respecto a la homosexualidad de mi hermano y, por ende, de la mía; además nunca había sido mi bandera, defendía otras causas, pero sí había sido la de mi hermano en sus últimos años. Preferí guardar mis enojos y frustraciones. Cuando alguien muere es difícil no ponerse en lugar de víctima, aunque con el asesinato de mi hermano toda la familia fue víctima del agresor y, en este país, del sistema.

Un día antes de irnos, pasados los nueve días, se acostumbra “levantar la cruz”, una que pusimos en el huerto del hotel con hojas de palma, velas, oraciones que tiramos al fuego, palabras de despedida. Durante esos nueve días, dicen los zapotecas, el difunto realiza su caminata a donde debe llegar y al “levantar la cruz” ayudas a que él se desprenda de la tierra. El sincretismo aligeró la carga. Se acercaba el momento de despedirnos, de decidir qué hacer cada quien con su duelo, con su vida.

No es fácil, una vez que se te desgarran el corazón, te carcome el miedo, la angustia, la desesperación, no es fácil volver a tu vida de antes. Ésa ya no la recuperas: ha dejado de existir, por más que regreses a los lugares de antes. Así me pasa ahora mientras escribo de madrugada este intento de ensayo testimonial que reconstruya aquello que ha papaloteado en mi cuerpo este último año y medio. Cada vez que regreso a esa habitación, es una sensación distinta, es una habitación distinta, pero las huellas de su muerte siguen impregnadas en el piso, la pared, el techo, los pocos muebles que quedan, y por más limpieza que se haga, las huellas seguirán ahí. Y esas huellas son las que nos dan forma, les dan forma a nuestros pensamientos, forman parte de nuestro pasado y también de nuestro porvenir y son, asimismo, la corresponsabilidad del dar vida y dar muerte. Nosotros dimos vida y muerte durante nueve días, después de eso nada volvió a ser como antes.

EL HOTEL

Tengo un mes viviendo en el hotel, éste que diseñó mi hermano. Todavía quedan algunos empleados que trabajaron con él, los que lo encontraron muerto un lunes a las siete de la tarde. Me pregunto qué sintieron el cocinero, la contadora, el recepcionista cuando lo encontraron desnudo sobre su cama. De vez en cuando los veo a los ojos, esperando que me cuenten, pero no se atreven. Yo tampoco quiero saber detalles; eso no evita que los busque con la mirada o que los interpele con una sonrisa cómplice. Ellos son los testigos de los últimos meses de vida de mi hermano.

Arturo vivía en el departamento de una sola estancia que se encuentra en la parte trasera de la casona que remodeló para convertirla en hotel de dieciséis habitaciones. Los empleados tenían indicaciones precisas de que no se le molestara los lunes muy temprano. La fiesta no termina hasta que termina, el hotel es el lugar perfecto para darle rienda suelta, especialmente si eres el dueño. Los lunes no ba-

jaba hasta pasado el medio día. Ese lunes 11 de marzo ya no bajó más, subieron a buscarlo y lo encontraron muerto.

Cuántas escenas como esas no suceden en un hotel, en cualquiera; cuántas personas no se mueren en un hotel y el hotel sigue funcionando. El anonimato del muerto del hotel es indiferencia. Existen protocolos de invisibilizar para no dañar la imagen del negocio, se acuerda con los peritos que salgan con el cuerpo por la puerta de atrás, por donde no entran los clientes, se informa a la familia, con más o menos detalles, y se cierra el caso, se limpia la habitación para que pueda seguir funcionando sin demora. La muerte se banaliza.

He regresado cantidad de veces al hotel después de su muerte, lo que no hice cuando estaba en vida. Ya no quiero volver más; un hotel puede convertirse también en un mausoleo para la familia que aspira las bocanadas del recuerdo, que espera que nada cambie, que desea que se con-

serve el detalle, que se congele en el tiempo, sin darse cuenta que es sólo un hotel, un lugar de paso, un espacio de descanso, a veces también eterno.

Arturo era un soñador y quería que el hotel fuera la casa de sus amigos, los que apenas conocía y los que estaban por venir. Un hotel funcional, pensado para solteros, para artistas, para pasar los días comiendo, bebiendo, departiendo. Un hotel de puertas abiertas, un hotel de hospitalidad incondicional, donde él era cada día, cada noche, el anfitrión. El anfitrión de sus desvelos, de sus excesos, de su carisma, de su libertad y de su soledad.

Como cada noche, la puerta de su departamento estaba abierta. Los huéspedes subían a beber con él, a cenar, a platicar, sus amantes también. Esa noche, mientras lo mataban, la puerta estaba abierta, y nadie escuchó nada...

VA LEN TÍN

El duelo te hace tomar decisiones erróneas en lo inmediato. Pero a nadie le enseñan a transitar un duelo, lo aprendes sobre la marcha. *Valentín* fue el único testigo del asesinato de Arturo, el único que no tiene voz, que no tiene memoria, que no piensa. O por lo menos eso se han encargado algunos filósofos de probar cuando se refieren a la animalidad del animal, a las diferencias ontológicas del ser.

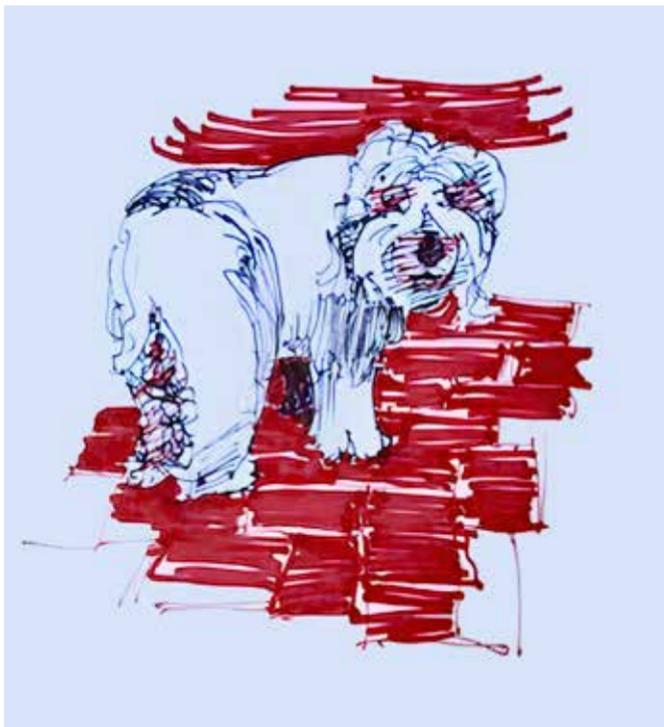
Y yo hubiera deseado que fuera diferente; no para saber quién lo mató o cómo lo mataron, sino para saber si sufrió, si le dolió, si se sintió solo. Preguntas que me he hecho una y otra vez y me las vuelvo a hacer ahora y vuelvo a sentir tristeza con sólo enunciarlas. Existen momentos en que mi mente regresa a esa habitación en los ojos de *Valentín*, buscando esos detalles íntimos de la relación del animal con su ser.

Escribo un testimonial del duelo, pero en realidad quisiera ser la testigo de su muerte, regresar el tiempo, ocupar el lugar de *Valentín*: el perro que esperó afuera y no atacó a

su agresor, porque los perros no atacan a quienes conocen, a quienes saben cercanos. *Valentín* esperó afuera de la habitación hasta que fue demasiado tarde.

El perro espera en respuesta a una orden de su amo, de quien le da de comer, de quien vive con él, lo habita; lo ve desnudarse frente al otro, la escena se vuelve familiar, impúdica posiblemente para los ojos de quien observa. Un perro: *Valentín*, el único testigo.

Al despedirme de *Valentín* sentí pena por él, por el perro, por su orfandad, por el abandono de nuestra familia. Sería absurdo preguntarme, pero lo he hecho, ¿qué hubiera pasado si *Valentín* hubiera sido un ser humano, un hijo, su hijo? Mi madre es la única que pregunta por él, por el hijo que fue *Valentín* para mi hermano. Pregunta cada tanto a quien lo adoptó como está, le envían fotos, intenta encontrarse con él, con el perro. Si pudiera también le preguntaría lo mismo que yo: ¿sufrió? ¿Se dio cuenta de que lo estaban matando?



Supongo que es absurdo poner en la animalidad del animal preguntas que sólo nos hacemos los humanos, que racionalizamos para mitigar el dolor, la culpa, el engaño, la hostilidad hacia el animal. Con *Valentín* nos equivocamos, pero ¿quién querría tener en su casa no al hijo del hermano muerto, sino al único testigo de su asesinato? El perro que nos recuerda cada tanto esas escenas que nos imaginamos sucedieron y que representamos mediante su mirada, con sus ojos en una cámara lenta que es también la memoria de quien no tiene recuerdos, quizá sólo sentimientos, quizá sufrimientos, quizá nada.

Pienso en *Valentín*, pienso en *Ramona*, la perra de la que me hice como terapia tanatológica, y trato de escribir en espejo de lo que es imposible entender por el ser humano: la fidelidad del perro para con su amo. *Valentín* fue fiel a los deseos del amo, no a los instintos de su animalidad. La fidelidad es eso: no traicionar a quien te da de comer, aunque lo estén matando.

EL DUE LO

Al terminar los nueve días reglamentarios, tanto en la tradición judeocristiana como en la zapoteca, y, una vez que cada quien realizara, con base en sus creencias, los rituales (católicos, budistas, zapotecas, hinduistas, mayas, ateos) que acompañaran y permitieran a mi hermano encontrar la luz y andar el camino a su destino final, tomamos el vuelo de las 20:30 horas de Oaxaca a la Ciudad de México. Un vuelo tan desolador como lo fue el de ida. Silencios, llantos reprimidos, tristeza, tocar las nubes y preguntarme ¿a dónde se van los muertos?

Mis padres y yo compartimos el taxi una vez que regresamos a la ciudad. Nos separamos después de nueve días de dormir en la misma habitación, en la habitación en la que vivió Arturo los últimos años, en la habitación en la que lo mataron. Una habitación que durante nueve días fue lo más cercano a un campamento: varias camas improvisadas, un solo baño, toda la familia reunida, mis padres, mis hermanas,

mis sobrinos y los amigos más cercanos. Al llegar a mi casa subí los tres pisos con la maleta que pesaba lo mismo que mi tristeza. Prendí las luces, sentí alivio. Dejé mis cosas, ¿qué se puede llevar cuando de un día a otro te dicen que tu hermano está muerto? Nada o toda una vida. Los recuerdos de la infancia, los disgustos de los últimos diez años, la culpa, la tristeza encarnada en el cuerpo. Abrí el refrigerador: no había nada, la señora que hace la limpieza se había encargado de limpiarlo todo como si con ese gesto quisiera borrar también la pérdida.

Bajé al Oxxo que puedo ver desde el balcón de mi departamento. En la caja me di cuenta de que no había hablado con nadie que no fuera de mi familia ni con nadie que me viera con tan poca familiaridad. Sentí alivio; la cajera, una señora, de mi edad, seguramente, con un gesto adusto, me cobró. La miré como había mirado los últimos días, al infinito, sin un intento de mostrar ni dolor ni tristeza ni extrañeza ni

incomodidad, un estado límbico que sólo se experimenta con la muerte de un ser querido. Al salir, pensé que podría pedirle que me acompañara a mi casa, me abrazara y esperara a que me durmiera porque no sabía, en ese momento, si sería capaz de habitarla con los silencios no del vacío, sino de la pérdida.

Crucé la calle, subí los tres pisos, me senté en el balcón; eran ya las doce de la noche, rompí en llanto. A partir de ese día, y por varios meses, la cajera del Oxxo se volvió el objeto de mi deseo: iba cada día en su horario a comprar algo, a verla. Cuando llegaban a visitarme mis amigos, les decía que fuéramos al Oxxo y les contaba de mi deseo; no entendían mi gusto por ella, pero no se atrevían a contrariarme e incluso eran indulgentes con mis afecciones. A la distancia tampoco yo lo entiendo, pero no me disgusta; ese día, esos meses, necesité el contacto con alguien que no supiera por lo que estaba pasando y no me viera con lástima o me dijera “ya pasará”.

El dolor de la muerte no pasa, aprendes a vivir con él.

Con la muerte de Arturo se abrió la caja de Pandora. Nunca un dolor me había calado los huesos. La muerte se apoderó de mi cuerpo y de mi mente. Llevaba muchos años siendo ansiosa funcional, pero con su muerte llegué a sentir una discapacidad para existir en sociedad. Me alteraban con facilidad los ruidos vibrantes, las luces cegadoras y la gente en la calle, pero sobre todo la pérdida de mi hermano menor.

Un día me paró en las escaleras de la universidad una colega que trabaja violencia de género y me preguntó cómo estaba. Ahí voy, y moví la cabeza como hacen los indios, onduladamente, para enfatizar mi estado de ánimo. Me contestó, más de su experiencia o quizá también de su empatía, que era normal; lo más complicado, le dije, es este país, esta ciudad, donde los casos quedan sin resolverse. Me veía no sé si intrigada o sorprendida de haberme abierto con ella, y continué diciendo: no-

sotros decidimos no hacer nada, pero me gustaría que se cerrara el caso; si no, queda la herida abierta. Nos despedimos.

Llevo días pensando en lo que estoy haciendo justo ahora: escribir cómo ha sido este proceso de duelo, las etapas por las que he atravesado o me han atravesado. La primera sin duda es de una adrenalina que me mantuvo expectante, funcional, ausente, en un limbo donde confundía nombres, personas, eventos, donde no sentía nada más que una tristeza profunda y la muerte en los huesos; no duró mucho, quizá un mes. Al siguiente vino su cumpleaños y fue como revivir su funeral: cantamos, bailamos, lloramos y sembramos plantas, algunas se dieron, otras no. El tercer mes fue el más duro, una sensación de vacío inmenso, de ausencia, me dejó imposibilitada para estar; hacía lo menos, se me inundaba la casa, me quedaba en la cama; me enojé con el mundo, con el gobierno y con la sociedad por permitir tanto.

Las terapias, el esoterismo y el sexo no fueron suficientes para llenar el vacío de su muerte, pero me dejaron ver lo vulnerable y efímero de mi existencia, hasta el día en que me desvanecí en una comida, un caluroso día de junio. ¿Cómo te recompones una vez que estás tan rota por un dolor irracional? ¿Cómo le encuentras sentido a tu vida una vez que experimentas la sensación del desvanecimiento perpetuo? Las muertes chiquitas, dicen algunos, de eso está hecho el devenir de la resignación.

El cuarto y el quinto mes fueron como el tercero, sólo que sin ilusiones. Dejé de sentir. Puse al cuerpo por delante y no me importó que se cayera el mundo a mi alrededor. No importaba nada en realidad, sólo quería aprender a vivir con el asesinato de mi hermano.

Reconstruirse, me repetí varias veces; ¿por dónde empiezo?, me he preguntado. Creo que no es la noción, quizá resiliencia o deconstrucción sean más aptas para lo que ahora mismo necesito. Necesito no ol-

vidar, no sé si perdonar, vivir con el dolor, la angustia, el miedo, la injusticia, la incredulidad, la duda, la desesperanza, el desasosiego. La tristeza. Entonces no, no es reconstruirse porque no se puede volver a erigir esa persona que ya no soy, aunque conozca la fórmula de mis aprensiones, de mis apegos, de mis juicios y de mis fobias.

EL PHÁRMA KON

Afortunada y desafortunadamente llega el día en que no sientes ese dolor clavado en el corazón que te impide respirar. El duelo es así: con el tiempo se cura y vuelves a renacer como el ave Fénix o algo similar. Mis últimos años los he dedicado a estudiarlo, más por necesidad que por convicción. Duelo al dejar lugares, ciudades, casas, relaciones, te hacen una *border* persona: te la pasas en el límite entre la ansiedad y la depresión, con actitudes neuróticas o histéricas según cada quien decida. Yo opté por la neurosis y la ansiedad que con la profundidad del dolor de la pérdida se fueron acrecentando.

Empezamos perdiendo a quien creemos el amor de nuestra vida, que en realidad es nuestro primer amor, y sentimos que no podremos recuperarnos nunca; con el paso de los meses comprobamos que estábamos exagerando, que es una simple sentencia del duelo. Ya pasará, lo repetimos como mantra hasta que viene la siguiente relación (y así sucesivamente) y

aprendemos a vivir con el duelo amoroso, amistoso, de relaciones personales que van y vienen, hasta que de pronto, sin avisar, se muere-muere un ser cercano, sanguíneo, familiar. El abismo. En el cotidiano se abre un hoyo negro, la vida se pone en pausa semanas, meses o años, según cada quien y cada cual. El dolor de una pérdida de pareja no se parece en nada a esta otra pérdida que ya no es sólo metafísica sino ontológica: el ser no está más, ha muerto.

¿De qué o de quién te agarras para no claudicar y ceder al deseo del Tánatos que toca a la puerta y te invita a seguir sus pasos? No hay fe que alcance para mitigar la pérdida. ¿Terapias o drogas sintéticas? ¿Religión o esoterismo? ¿Sexo o celibato? Yo opté por las terapias, el esoterismo y el sexo, por la pulsión de vida y la *jouissance*. Aun así, había días que no podía respirar, salir de la cama, dejar de llorar.

El día de su funeral me debatía entre dormir sola o proponerle a una de sus

amigas tener sexo. Me decidí por dormir, pero estoy segura de que Arturo me hubiera dicho, como siempre lo hacía: eres una aburrida, tienes que dejar fluir y no perder la oportunidad porque la vida es una y se va en un suspiro. Siempre fieles a nuestras convicciones, Arturo no dejaba pasar la oportunidad. Yo, como siempre, precavida, cautelosa, temerosa del mañana, el que se esfumó con su muerte, opté por dormir, y fue la única vez; después no dejé pasar ninguna oportunidad, busqué a quien me regresara la sensación de estar viva en vida con el sexo. Al día siguiente, desperté con la resaca de la incredulidad de su partida. Eufemismos del morir y estar muerto.

La muerte de Arturo la sentí como cuando te extirpan un órgano o una extremidad y tienes que aprender a vivir con el vacío. No volví a ser la misma, incluso ahora que escribo esto. Mis visitas al Oxxo fueron cada vez menos; la cajera me seguía llamando la atención, pero creo que por pudor más que por gusto. Mis amigas

se reían de mí cada vez que pasaban a comprar algo antes de subir a mi casa y yo no podía más que dejarlas que se burlasen: a mí también me hacía gracia.

Durante nueve meses, lo que nunca, me hice de dos amantes con un límite récord de tiempo para mis estándares. Necesitaba sexo, cariño, compañía. Quizá la única adicción me vino con la ansiedad: me volví adicta a ese estado, el goce del que habla Lacan. Pero con el duelo pude ver esos dos llamados o pulsiones: el de la muerte y el de la vida. El primero decreté que estaba prohibido: no podía morirme, por mis padres; no les podía causar un dolor más y tan seguido. Se activó la pulsión de vida hasta que incorporé el duelo a mi ahora normalidad.

EL CABO DE AÑO

Empezó enero y con él la pandemia que nos tiene encerrados a prácticamente todos en nuestras casas. Un encierro asincrónico, voluntario, depredador. Yo decidí iniciarlo una vez pasado el año de la muerte de Arturo. Regresando de Oaxaca, el 13 de marzo, opté por ir acortando mis visitas, mis salidas, mis reuniones. Si el año que había terminado me había esforzado por estar fuera, por llevar el duelo fuera de mí y fuera de mi casa con mucho

éxito, la pandemia era la oportunidad para hacer lo contrario: el encierro. Un encierro que ha tenido sus bemoles porque me volví a encontrar nuevamente sola de cara a lo que explícitamente nos reta una pandemia: la muerte.

Al principio me enojé y le dije a mi terapeuta en tono de reclamo que si no había tenido suficiente con el trabajo de mí misma con respecto a la muerte de mi hermano. La pandemia me ponía de cara a otra situación igualmente irracional y de mucha incertidumbre con características bien diferentes. Si de alguna forma había sorteado la muerte de un familiar, con la pandemia el reto consistía en sobrellevar la propia existencia, el aburrimiento del cotidiano que de un día a otro se te presenta como excepcional.

Mientras me hacía un café pensaba en ello: en mi vida, en que en realidad no había cambiado mi rutina, en que me gusta estar en mi casa haciendo cosas o haciendo nada, que soy muy feliz conectándome

a Netflix fines de semana enteros, pero que desde que empezó la cuarentena me sentía ansiosa. No alcanzo a entender por qué en los momentos de desesperación, en los que me falta el aire, además de hacerme un examen médico para corroborar que no me he contagiado de covid, pienso en cómo estaba hace un año, cómo pude sobrellevar el dolor y la tristeza; pero no hay punto de comparación.

No he podido encontrar una similitud en cómo fui trabajando el duelo y lo que ahora me pasa en el encierro, porque rebasa mi propia condición. Soy antisocial e introspectiva porque así aprendí a sobrevivir, pero no sé sobrevivir cuando el peligro acecha mis propias barreras, porque para no contagiarme tengo que ocultarme. He estado ocultándome toda la vida, no es de la noche a la mañana que haya decidido salir del clóset como un acto de rebeldía, no es por ahí. El ocultarse es una construcción del yo, una forma autoinmune de existir en este momento.

LA HABITA CIÓN

Año y medio ha pasado desde el asesinato de Arturo. En este tiempo he recorrido los rincones más oscuros de mis miedos, de mis enojos, de mis culpas y de mis frustraciones. He intentado escribir en diferentes momentos aquellos sentimientos y emociones que le dieran forma a estar sin estar durante este proceso de duelo. Me he preguntado, también, en múltiples ocasiones, obviamente sin encontrar respuesta, ¿por qué? ¿Por qué lo mataron? He reconstruido el rompecabezas por mí misma y he intentado dar cuenta de ello, más por sanar y poner punto final a las interrogantes y a las no verdades que no podrán ser dichas, por lo menos no por quienes sucumbimos a su pérdida.

En los muchos intentos de escribir algo, algo que me permita ordenar el caos; en los múltiples borradores que tengo de estos comienzos de hilar, hilvanar una verdad, encuentro certezas, incluso fuerza para no claudicar en decir aquello que me imposibilitó por muchos meses el pensar la

vida, mi vida después de su muerte. Las certezas son las que me han permitido seguir adelante, poner las piezas en su lugar, poder escribir desde esta habitación, una habitación de hotel; lo más impersonal, pudiera pensarse, para escribir no sólo sobre quien ya no está, sino también sobre quien se queda, extraña, duda y se reconcilia con la vida. Y sí, una habitación de hotel es lo más impersonal, es el no lugar, el refugio del anonimato, el espacio creativo.

Desde la infancia disfruto las estancias en los hoteles; eso se lo debo a mis padres: ellos se preocuparon por darnos una vida “normal” que no sólo incluía las obligaciones escolares, sino también las vacaciones de verano. Cada año un destino nuevo, playa la mayoría de las veces, un hotel distinto cada vez, uno con mejores servicios y siempre un VTP (viaje todo pagado). Mis padres se desentendían de nosotros, las no restricciones en los horarios de comida, TV, sueño y las que pasábamos en la alberca hacían de esas

semanas de verano los mejores momentos del año.

Cuando crecí, cuando me hice adulta, las vacaciones, las verdaderas vacaciones, incluso cuando por muchos años acampé en diferentes playas en la costa del Pacífico mexicano, consistían en hospedarme en un hotel, y no cualquiera. Con los años me volví muy selectiva con los hoteles, como con las diferentes casas que habité: pocas habitaciones, sin niños, pensado para solteras, de preferencia, y, desde que tengo a *Ramona*, que acepten perros. El estereotipo del homosexual promedio en el mundo; pero son cada vez menos los momentos que paso en una habitación de hotel, menos de los que desearía.

Si cuento esto es porque me adelanto a suponer, a ponerle palabras y pensamientos a mi hermano muerto (una mala costumbre que tenemos en la familia de pensar por él, de decirnos lo que querríamos escuchar en su propia voz). Estoy convencida de que la idea de jubilarse

mujo joven (parece que es tradición entre los hombres de la casa, primero mi padre, después mi hermano) y poner un hotel viene de esas épocas de infancia que tanto disfrutamos. Una de esas veces, en un destino de playa, al llegar a la habitación corrió para asomarse al mar sin darse cuenta de que había una puerta de vidrio transparente; chocó con ella, se pegó en la cabeza y cayó en el piso como mosca. Nos reímos, éramos todavía unos niños, y bajamos a la playa.

Así es que sí: escribo desde una habitación de hotel, pero no cualquiera; escribo desde la habitación de hotel que diseñó Arturo un par de años antes de su muerte y que seguramente disfrutó el poco tiempo que la habitó. Escribo a deshoras, cuando llega la inspiración; escribo y pienso en quienes tenemos la fortuna de que nadie nos distraiga en los espasmos creativos, en el trance de un proyecto que consume la visión con la luz de la pantalla, pero que no ciega las ideas que le van dando forma

a esta imperante manera de expresar la angustia, el dolor, la tristeza que acaecen cuando matan a tu hermano menor en su propia habitación.

Muchos meses pensé qué tanto debía decir, escribir, traducir, más por fidelidad a la familia que por lealtad a mí misma, pero al final cada proceso de duelo es una perspectiva distinta, cada proceso de duelo es una manera de ver la vida y cada proceso de duelo es, a-sí-mismo, resignificar la muerte. También muchos meses tuve miedo, un miedo que me paralizó, un miedo intrínseco a las culpas impostadas que vienen con la pérdida, culpas que son parte del trabajo de duelo porque existe una responsabilidad por el otro y dudosamente nos imaginamos que a ese otro lo puedan matar en su casa, lejos de su familia.

En este año y medio he regresado a Oaxaca varias veces. En este año y medio me he quedado casi siempre en esta habitación de hotel, la número 11, y no es casualidad: ésta se la disputé y fue nuestra

última pelea, nuestra última comunicación después de meses de no hablarnos, sumado a los años que teníamos disgustados. Las primeras veces lloraba inconsolable al amanecer y al anochecer, era demasiado la cercanía con el dolor de su muerte, con el lugar de su homicidio. Con el paso de los meses, al tiempo que iba aminorando mi depresión, también me iba acostumbrando a su ausencia. Ahora escribo desde aquí, en la madrugada, después de un par de semanas de haber llegado a Oaxaca, con la intención de sólo escribir, escribirle, escribirnos lo que nos ha dejado su partida, su muerte, más allá del dolor, más allá del hotel, más allá de lo que somos. Escribo para poner la pieza final a esta etapa del proceso del duelo, al rompecabezas que es la vida y se resquebraja con la muerte, la muerte del otro.

Escribo con entusiasmo de mi hermano, de sus logros, de sus sueños. He dejado de estar enojada con él porque en este tiempo que he estado en esta habitación de hotel

(un tiempo dedicado explícitamente para preguntar por lo que pasó, lo que no había querido saber inmediato a su muerte, pues preferí empezar el duelo con las interrogantes de lo que su muerte removía en mí y no por las causas de su muerte) he escuchado lo que él tenía que decir y no lo que yo quería escuchar. Un tiempo en el que a manera de analogía puedo afirmar que, así como dicen que los bebés vienen con la torta bajo el brazo, también creo que los muertos nos dejan mucho por aquilatar; pero es una decisión también muy personal atreverse a hacerlo, porque implica una corresponsabilidad y un cuidado del otro. No consiste sólo en escribir una forma de epitafio donde basta con honrar las virtudes del difunto, sino en resignificar nuestra existencia desde este lugar de quien amó en igual proporción que decepcionó y se decepcionó de su hermano menor, mi primer mejor amigo, mi cómplice, mi favorito y mi incondicional.

OAXACA

¿Cómo reconciliarme con Oaxaca?, me he preguntado cada vez que estoy en Oaxaca. Hace poco se lo pregunté a una amiga de Arturo, a su madrina Alma, quien cumplió a cabalidad el mandato incondicional entre quienes de palabra firman un contrato del cuidado del otro. Primero reaccionó como quien quiere defender lo indefendible, la ciudad que al parecer eligió para morir. Es curioso cómo uno escoge dónde morir y dónde vivir. Me imaginaba que Arturo moriría fuera de México, pensaba en su traslado quizá desde Barcelona, Argentina, lugares donde vivió la mayor parte de su vida. Nunca me imaginé que moriría en México. Nunca me imaginé que lo matarían en Oaxaca.

La segunda reacción de Alma fue sacar su celular, buscar en sus mensajes aquellos que conservaba de Arturo. Me sorprendió lo que guardaba: los últimos años de vida mi hermano en mensajes de voz, mensajes de texto, videos. No contes-
tó nada, buscó en su archivo y regresó al

19 de octubre de 2018, el día de mi cumpleaños, pocos meses antes de su muerte. Escuchamos la grabación, escuchamos su voz, lo escuché junto a mí sin estar. Me reí de sus ocurrencias, me entusiasmé con su energía, me ilusioné con sus sueños. Cada mañana subía al cerro del Fortín con *Valentina*, al que voy ahora con *Ramona*. Una hora de mensajes mientras caminaba, la voz entrecortada, la respiración agitada, los silencios del pensamiento de quien pretende trazar una ruta para conquistar Oaxaca, como conquistó Barcelona. Un publicista a final de cuentas, el que vendía sueños y no dejaba de soñar.

Terminó la grabación. Le hice otra pregunta incómoda. Yo quería incomodar-incomodarla para saber la verdad. Alma fue la siguiente testigo, los ojos de la familia, quien reconoció el cuerpo en la morgue cuando nosotros intentábamos dormir. ¿Por qué se habían distanciado? ¿Quiénes?, me preguntó. Ustedes, afirmé sin dejar lugar a la duda. Estaba especulando.

Se sonrojó, quiso justificar, hizo memoria. No, nosotros no nos distanciamos, pasábamos mucho tiempo juntos, incluso estábamos tomando un diplomado los fines de semana. En realidad, le estaba reprochando que no lo hubiera cuidado, que no hubiera estado con él ese fin de semana.

Tercera pregunta: ¿cómo llevas la muerte de mi hermano? Primera vez que se le asomaron las lágrimas. No recuerdo lo que me contestó inmediatamente, ya la pregunta en sí misma era absurda; no quería preguntar eso, sino que me contara los detalles, los que desconocía de cómo habían encontrado el cuerpo.

Organizó sus ideas y me dijo que había sido la primera vez que se desorientaba. La muerte violenta desorienta la primera vez, supongo, la única vez que dan muerte, matan, a un hermano, a un amigo. Llevaba todo el día sin comer, empezó narrando, recordando nuevamente ese día, representado las imágenes del dolor. Iba en el colectivo cuando me avisaron que Arturo

había sufrido un accidente. Eufemismos del estar muerto. Con el tiempo aprendes a enunciar la pérdida con sus consonantes y vocales completas; al principio es un chirriar en los oídos, después lo incorporas en tu narrativa.

Cuando llegué al hotel ya estaban las patrullas y ambulancias en la puerta. Otra escena de película, pensaba, mientras Alma seguía contando. El familiar, la amiga que llega corriendo al lugar donde se encuentra muerto el ser amado y a quien se le prohíbe la entrada. Seguí escuchándola atentamente, hilvanado los detalles; quería llegar al punto de si había visto a mi hermano tendido en la cama como en la fotografía que ya circulaba en redes. Me contestó que no, ella sólo lo identificó en la morgue, no subió a su habitación, a su casa.

¿Cómo reconciliarme con Oaxaca? Con la certeza de la palabra de quien cumple el mandato incondicional de quien cuidó de él como se lo prometió cuando se conocieron, cuando se hizo su madrina. La

certeza de que en la Oaxaca que conozco desde muy joven, en la que me interné en mis primeros años de mochilera y a la que volví muchos años después a visitar a mi hermano, a enterrarlo, a escribir sobre él, la gente cumple con su palabra, cumple incondicionalmente con el cuidado del otro. Una responsabilidad ética de la amistad en comunidad.

LA AMIS TAD

Lo que tenía Arturo eran amigos, buenos amigos algunas veces, otras sólo conocidos. Como nos pasa a todos en cualquier momento de nuestras vidas. Arturo fue mi primer mejor amigo por varios años, luego nos perdimos la pista, nos enojamos, nos distanciamos, como también nos pasa a todos. Y Arturo también fue mi hermano, mi hermano menor, el menor de los cuatro. Tres mujeres y él. Un día sin mucho preámbulo decidí dejar el hogar de nuestros padres y el país, tenía poco más de veinte años, veintidós quizá. Se fue a buscar suerte, yo creo que huyó de la familia, de las mujeres castrantes de su casa en que nos habíamos convertido sus hermanas y su madre, y de un padre autoritario, especialmente durante su infancia, e inexpresivo.

En veinte años regresó al país varias ocasiones, la última para quedarse. A casa de mis padres nunca más volvió, salvo para los cumpleaños o algunas otras festividades. Arturo hizo familia con sus amigos, amigas, las que conoció en

distintos momentos de su vida. Mujeres casi siempre; no pudo evitar transgredir su propio destino: su relación con las mujeres lo había determinado para ser él. Hospitalario, femenino, creativo, simpático, ocurrente, educado, puntualizó mi madre hace poco que le pregunté por la personalidad de cada uno de nosotros durante nuestra infancia. Insumos de la escritura que está por concluir.

Con los varios meses que han pasado después de su muerte he podido reconciliarme con ese mi hermano, mi amigo, al que le dejaba dinero escondido entre sus calcetines, monedas de diez pesos casi siempre; al que defendía mientras estábamos en la calle jugando con los vecinos cada día, hasta que nos hicimos adolescentes; del que aprendí a seguir adelante con mis deseos, incluso con atropellos. Al que le escribía cuando tenía alguna preocupación amorosa. La última vez que platicamos de nosotros fue en Barcelona, en el mercado de Sant

Antoni, en diciembre de 2015; almorzamos juntos sentados en la barra de un lugar de tapas que da a la calle. Le pregunté cómo estaba con su novio, no se escuchaba muy contento; le dije que a mí tampoco me había ido bien con la chica que en ese momento me gustaba. Fue la última vez que nos dimos el tiempo para vernos y fue quizá también nuestra despedida.

Después de su muerte he dejado ir a amigas y amigos, gente que pensaba estaría a la altura de mi duelo; pero con el tiempo he podido entender que la responsabilidad con el otro-otra no necesariamente es recíproca; la mía no lo fue con quienes en su momento perdieron a alguien, lo entendí hasta que mataron a mi hermano. No se puede sentir dolor por alguien en la misma medida hasta que no lo experimentas en cuerpo propio. Con la amistad nos sentimos obligados a estar y he aprendido que no es suficiente, pero es lo que cada quien puede ofrecer como parte de este intercambio del dar y recibir.

La amistad ciertamente es una ofrenda, como la que pusimos este primer año en las festividades de nuestros muertos. Una ceremonia que reivindicó mis propias concepciones sobre el compromiso, el respeto, la responsabilidad, el cuidado y acompañamiento por el otro-otra. Una ceremonia de convicciones filosóficas, un sincretismo ético-ontológico, donde se ofrece porque es una responsabilidad infranqueable asumida con el otro-otra; un mandato incondicional, el mandato categórico del compromiso con el otro y el incondicional absoluto que da la certeza del cuidado comunitario.

La amistad entendida como ese mandato incondicional traspasa los ires y venires de nuestros propios deseos cuando asumimos que somos parte de lo que nos comprometemos a cuidar, ya sea la naturaleza, los animales, los humanos, lo que está más allá; una amistad que no condiciona al que ofrece porque ya está en deuda con el que recibe. Una deuda inma-

nente, asincrónica, atemporal e infinita que nos dejan los que ya no están, los amigos que nos dijeron adiós desde antes de irse.

EL ACTA

DESTINO DEL CADAVER: INHUMACION

CAUSA DE LA MUERTE: ANOXEMIA

TIPO DE MUERTE: VIOLENTA

INCULPADOS: NINGUNO

"PERDONAR LO IMPOSIBLE"

dice Jacques Derrida

¿Se puede? ¿Se debe?

Oaxaca de Juárez, noviembre 2020.

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2021 en los talleres de Litografía
Ingramex, S. A. de C. V. Centeno 162, col. Granjas Esmeralda, Iztapalapa,
C. P. 09810, CDMX. Para su composición se usaron tipos Helvética de 9 puntos.
Los objetos que contiene fueron colocados a mano.



**AGRA
DO**



MASTODONTE